

No puede restarse importancia a la capacidad que muestra la autora para afrontar las discusiones más actuales y variadas sin perder el hilo fundamental del discurso. Porque estas páginas hablan de la perfección humana, especialmente de la perfección intelectual de los seres racionales que alcanzan la verdad, de la plenitud que podemos lograr con el ejercicio mismo de nuestras facultades porque la verdad es el fin de la actividad propia de un ser racional, y es finalmente la verdad un bien humano porque sólo guiados por el amor a la verdad los seres humanos podemos alcanzar la felicidad. Se trata, en consecuencia, de una lectura muy recomendable.

Enrique R. Moros

**Dietrich VON HILDEBRAND**, *Moralidad y conocimiento ético de los valores*, Cristiandad, Madrid 2006, 217 pp., ISBN 84-7057-516-3.

El texto que Ed. Cristiandad acaba de ofrecer, en el seno de su Biblioteca Filosófica «El carro alado», es una cuidada traducción —la primera en español— realizada por el prof. Juan Miguel Palacios del escrito con el que Hildebrand obtuvo su Habilitación. Se trata, pues, de uno de los primeros trabajos de este conocido fenomenólogo, que le ganó merecidamente el aprecio de sus maestros (E. Husserl, A. Reinach, M. Scheler). Su contenido fue publicado en el volumen 5 del fundado por Husserl *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*, en 1922.

Verdaderamente, la conjunción de las influencias de los maestros mencionados dan una idea cabal de la actitud filosófica de este filósofo. De Husserl aprendería el método fenomenológico que le permitiría escapar de todo empirismo y relativismo; su amistad con Scheler le

orientó decididamente a los problemas éticos; y quedaría para siempre marcado por la intención realista y la ambición metafísica y religiosa de Reinach.

El problema inicial de la investigación no es otro que el viejo dilema socrático de la relación entre el conocimiento de lo moralmente bueno y la bondad moral del sujeto. Es decir, el círculo a que parece conducir el hecho de que para ser moralmente bueno hay que saber cómo se debe obrar, pero para saber cómo se debe obrar es preciso, a su vez, ser moralmente bueno. Ya esta cuestión atrajo la aguda mirada de Aristóteles, pero en Hildebrand, al retomarla, adquiere una profundidad insospechada, sacando a la luz no pequeños descubrimientos antropológicos y psicológicos.

De esos hallazgos, acaso el mayor y más fundamental estriba en el reconocimiento de la profundidad que posee la vida psíquica humana. Gracias a ello, el autor describe y jerarquiza (cap. III) diversos estratos, desde lo que llama la «actitud fundamental» hasta las intenciones más periféricas y superficiales; o, con otra terminología, el plano de lo actual y el de lo sobreactual o habitual. Precisamente esos diferentes niveles permitirán salir satisfactoriamente del círculo socrático (cap. V): cuando se habla del ser bueno previo al conocimiento moral y del conocimiento moral necesario para ser bueno, se habla de conocimiento y de ser en niveles diversos.

Las enseñanzas psicológicas y antropológicas que afloran bajo esa luz son, como se puede imaginar, densas y ricas. Entre ellas el autor extrae magistralmente dos, referidas a sendos problemas morales cuya palmaria realidad ha provocado a veces, curiosamente, su orillamiento. Se trata de dos auténticas piedras de escándalo de la ética, y quizá por ello

del mayor interés: el mal moral y la ceguera para lo bueno. Respecto a lo primero, el autor habla de una pluralidad de centros de acciones moral (cap. IV), de desigual densidad y hondura. Y del singular fenómeno de la ceguera moral vemos expuestas hasta cuatro formas fundamentales (cap. II), de las que no se ilumina sólo su esencia, sino que también se bucea en su génesis, lo que reviste una importancia pedagógica mayúscula.

No es difícil apreciar el valor de esta pequeña y enjundiosa obra, tanto por los problemas que aborda y las sugerencias que brinda, como por la manera como su autor lo lleva a cabo. Además, la edición nos ofrece una atinada presentación del traductor, que facilita mucho la inteligencia de la obra.

Sergio Sánchez-Migallón

**Leonardo RODRÍGUEZ DUPLÁ**, *Ética de la vida buena*, Desclée De Brouwer («Ética aplicada», 9), Bilbao 2006, 179 pp., 15 x 21, ISBN 84-330-2077-3.

El último libro del prof. Rodríguez Duplá no puede calificarse —a resultas quizá de una primera impresión— como uno más de mera divulgación ética. Ya una lectura más detenida del índice deshace esa apariencia. Pero tampoco se trata de lucubraciones sólo asequibles a especialistas. Tal vez uno de los rasgos de la escritura de este autor, probado ya en obras anteriores no pequeñas, es el estilo propio de un lenguaje claro, culto y vigoroso. Salta a la vista que el autor cree sin duda lo que escribe, y tiene a la vista los problemas y situaciones reales cuyos supuestos escudriña.

El título que preside la obra dice respecto a ella demasiado y, paradójicamente, demasiado poco. Con la expresión *Ética de la vida buena*, el autor

refleja su convencimiento del planteamiento vital e intelectual de la vida moral: la concepción que tomó por primera vez su forma más coherente en Aristóteles. Sin embargo, no se limita a una exposición de ese modelo ético, sino que nos ofrece algo muy original, logrando varios objetivos a la vez. Su estrategia argumentativa puede resumirse en mostrar cómo la filosofía moral, o la ciencia ética, ha ido reduciendo su campo de reflexión progresivamente a lo largo de la historia; reducción que además se concibe a menudo como una conquista. A lo largo de los capítulos, desde distintos aspectos, va apareciendo con claridad lo injustificado de dicha reducción y la inanidad, cuando no la inconsistencia, de las propuestas alternativas a aquella concepción de la vida buena. Como es fácil suponer, esto último reviste un interés especial, arrojando no poca luz sobre el presente panorama intelectual. Además, el autor demuestra aquí una maestría poco corriente al analizar las diversas doctrinas morales y detectar en ellas sus fallas internas.

La obra se divide en nueve capítulos, de los cuales los dos primeros iluminan el ideal clásico de la vida filosófica y de la vida lograda o feliz, respectivamente. La viveza que entranan sus páginas alejan toda idea de una mera exposición ociosa o sabia; muy al contrario, su sola lectura hace ver lo necesitados, y alejados, que estamos de aquellas actitudes. Los siguientes dos capítulos abordan y critican directamente el reduccionismo en la ética. El tercero tomando como eje el examen de la llamada ética civil, que hoy se presenta como la única y verdadera moral posible; el cuarto explorando los avatares que ha sufrido el concepto de felicidad. Los capítulos que vienen a continuación abordan sendas cuestiones sobre dos contenidos centrales en el debate ético actual: los derechos humanos